

Con Haití en el corazón

Otto Maduro

«Haití ya no permanecerá aislado entre sus hermanos.»
Simón Bolívar, Carta al Presidente Petión, 4/9/1816.

«Si los favores atan a los hombres, no dude [...] que yo y mis compatriotas amaremos siempre al pueblo haitiano»~.
Simón Bolívar, Carta al General Marión, 4/12/1816.

El alcalde de mi ciudad, Aristóbulo Istúriz, cuya elección —dentro de mis posibilidades— apoyé y celebré, firmó este año un acuerdo con el Ministerio de Relaciones Interiores que permitirá deportar, entre otros, a los inmigrantes haitianos que arriben ilegalmente a nuestra urbe. Así, el alcalde Istúriz se suma de algún modo a la corriente —entre racista, elitista y xenofóbica— que encuentra intolerable admitir aquí a quienes huyen de la violencia y la pobreza que asolan a la hermana república haitiana.

Quisiera sumar mi voz a las aun escasas —honrosamente encabezadas por Manuel Caballero e Ibsen Martínez— que protestan este «nacionalismo» cerrado, arrogante y excluyente.

UNO: UNA DEUDA HISTORICA CON HAITI

De hecho, si Venezuela es «libre y de los venezolanos» lo es en enorme medida gracias al pueblo haitiano.

La primera independencia americana verdaderamente nacida de los más oprimidos —y la primera abolición de la esclavitud en el Nuevo Mundo— fue la de Haití (antes del siglo 19, poco después de la de las provincias inglesas que se convirtieron en los E.U.A. y casi enseguida de la Revolución Francesa). De su ejemplo y ayuda nació y se nutrió la lucha por la independencia de Venezuela.

Primero fue la rebelión de esclavos iniciada en Coro, en mayo de 1795, por José Leonardo Chirinos, quien conocía personalmente Haití y se inspiró del ejemplo de la revolución haitiana. De ese esfuerzo —y de otros aun más directamen-



te ligados a la isla caribeña— se alimentó la frustrada rebelión de Picornell, Gual y España.

Francisco de Miranda, protegido por el gobierno haitiano, creó e izó por primera vez el pabellón tricolor en la bahía de Jacmel (Haití) el 12 de Marzo de 1806. De allí —con tres barcos, una imprenta; muchas armas y varios cientos de patriotas— zarpó en Abril hacia Ocumare para intentar liberar a Venezuela. El intento fracasó, como sabemos, pero el apoyo haitiano a nuestros esfuerzos independentistas no se detuvo allí.

DOS: LA DEUDA BOLIVARIANA

De hecho, Haití se convirtió, en las primeras décadas del siglo pasado, en el primer y principal asilo para los patriotas venezolanos en peligro. En diciembre de

1815 —nueve años después de la intenciosa mirandina— Simón Bolívar escribía a Petión: «Las circunstancias, señor presidente, me obligan, afortunadamente para mí, a dirigirme al asilo de todos los republicanos de esta parte del mundo»; reconoce «sus innumerables bondades hacia mis muy desdichados compatriotas [... y] su inagotable benevolencia hacia todos aquellos que nunca recurrieron a ella en vano.» Tres meses pasó entonces Bolívar asilado en la acogedora Haití.

Es cierto que Haití fue la región más próspera del nuevo mundo durante largos años de los tiempos coloniales. Es cierto que el trabajo del pueblo haitiano en las tierras de su isla hizo de Haití principalísima fuente de riquezas para la corona francesa y buena parte del resto de Europa. Pero es también cierto que el bloqueo europeo contra la primera república independiente afroamericana ponía a Haití en esos años en una situación económica poco propicia para recibir asilados... ¡y sin embargo era allí donde los venezolanos en exilio hallaban el clima más hospitalario y alentador!

Gobierno y pueblo haitiano, en efecto, brindaron casa, comida, cariño, dinero, armas, embarcaciones, imprentas, herramientas y combatientes voluntarios a centenares de venezolanos que luchaban por nuestra independencia. Alejandro Petión, presidente de Haití, pese al riesgo que eso implicaba, boicoteó la venta de granos a los realistas españoles al tiempo que ordenaba dar a los asilados «una ración diaria de pan y carne», sintiendo que ello era «un acto de humanidad digno del Gobierno de la República.»

No es de sorprender, pues, que Bolívar llamase a Petión «padre de todos los verdaderos republicanos» (21/1/1816) y «autor de nuestra libertad» (8/2/1816), a quien «[u]n día la América proclamará [...] su libertador» (29/1/1816). Ni es tampoco extraño, entonces, que, luego de una nueva derrota en la lucha por nuestra independencia, Bolívar pida en Setiembre de 1816 «regresar al asilo de los hombres libres».

La única condición del gobierno haitiano fue la de que Bolívar incluyese en su programa independentista la abolición de la esclavitud. Así lo hizo nuestro Libertador y, por la generosidad haitiana, la nueva fase de sus luchas se inicia con «viveres bastantes, y aun sobrantes» (17/11/1816).

TRES: ¿DESMEMORIADOS, MALAGRADECIDOS O QUE?

Ahora no somos los venezolanos quienes andan desesperados huyendo de la represión de un gobierno brutal, buscando asilo político en tierra extranjera. No: ahora son nuestros desinteresados y generosos anfitriones de ayer —nuestra hermana gente de Haití— quienes nos piden a los venezolanos, y al resto de América, que les brindemos hospitalidad.

La mayoría de quienes han tomado la palabra para responder al dolor haitiano —incluyendo a varias personas que quiero profundamente— han dado una respuesta negativa: no, no podemos darnos el lujo, en la crítica situación actual, de recibir más gente; lo sentimos mucho».

Valdría quizá la pena, aunque fuere por un segundo, preguntarse ¿Qué habría sido de esta patria nuestra si no hubiese sido por la hospitalidad y la generosidad haitianas para con nuestros ancestros? ¿No tenían acaso entonces los haitianos más y mejores razones para mandar al cipote a nuestros ilegales líderes antigubernamentales de entonces que las que aducen hoy algunos compatriotas para negar asilo a los hermanos haitianos? ¿Y qué hacemos de las palabras de Bolívar acerca de que «Haití ya no permanecerá aislado entre sus hermanos», de que «[s]i los favores atan a los hombres, [...] yo y mis compatriotas amaremos siempre al pueblo haitiano»?

CUATRO: ¿Y QUE NOS ASUSTA DE RECIBIR REFUGIADOS HAITIANOS?

Aquí hemos recibido refugiados, desde hace mucho tiempo, de todas las dictaduras europeas y latinoamericanas; tenemos millares de residentes y visitantes de muchas democracias del Norte y del Sur ... pero escasísimas veces (¿una? ¿ninguna?) ha habido tan pronta, pública y oficial disposición a impedirle refugio en Venezuela a extranjeros que lo necesitan.

¿Qué tanto tenemos contra los haitianos? ¿Qué tanto miedo a recibir unas cuatro docenas de asilados en nuestra tierra? ¿Hasta Honduras, inmensamente más pobre y pequeña que la tierra de Bolívar, se ha dispuesto a recibir un par de miles!

Permítaseme compartir la sospecha de que esto es sobre todo racismo, arrogante

y disimulado racismo: desprecio a gente de pigmentación más oscura que la de la mayoría de los venezolanos ... y que para colmo no vienen con dinero, sino sólo con ganas de trabajar honestamente.

Permítaseme sugerir que los haitianos son —al menos en las Américas— de la gente más dispuesta a trabajar dura y honradamente; a ahorrar y reinvertir para labrarse un futuro más digno; a ayudar a sus familias, vecinos y compatriotas; a ocuparse y preocuparse constantemente del pasado, el presente y el porvenir de su patria, aun entre aquellos que no han podido concluir la escuela primaria. Es más, los miles de haitianos de quienes he estado cerca —en Venezuela, Canadá, México y EE.UU.— me han lucido ser de la gente más digna, seria y honesta que he conocido en mi vida: mucho menos dispuestos a la mendicidad, la violencia o el crimen que sus anfitriones en similar situación de pobreza; mucho más capaces de movilizarse en el exterior en solidaridad —política o económica— con sus compatriotas en casa; orgullosos de ser quienes son y buscando ser aún mejores.

CINCO: ¿Y QUE DE JEAN-BERTRAND ARISTIDE?

En esta campaña para cerrarle las puertas patrias a quienes huyen de la última dictadura militar haitiana hay otra dimensión de una retorcida injusticia: desprestigiar al presidente electo de Haití de todos los modos posibles y culparle hasta de las políticas de quienes lo derrocaron.

Quisiera recordar dos o tres cosas en torno al reverendo Dr. Jean Bertrand Aristide, todavía —en buen derecho— presidente constitucional de la República de Haití.

El Presidente Aristide es un sacerdote católico de larga, honda y polifacética experiencia académica a nivel internacional. Profesor, escritor, organizador y activista, su altísimo nivel cultural impresionó hasta a las más sofisticadas audiencias neoyorquinas —culminando en una inesperada charla en perfecto hebreo a la comunidad judía de esa ciudad.

Dedicado desde hace años al servicio social a los más pobres en su propia patria, su ejemplo, tenacidad, humildad y eficacia —precisamente— llevó al pueblo haitiano a empujarlo a la política, respaldarlo en la lucha contra la dictadura de «Baby Doc» Duvalier-, y elegirlo abru-

madamente presidente en los primeros comicios democráticos de la historia haitiana.

Algunos errores —como a cualquier ser humano— podrán achacársele al presidente Aristide. Podemos, sin duda, estar en desacuerdo con mucho de lo que piensa o hace. Comparado, empero, con cualquier otro estadista, habría que reconocer que en altura intelectual, estatura moral, dedicación a los más necesitados, honestidad, frugalidad y coherencia, Jean-Bertrand Aristide emerge como uno de los más valiosos dirigentes democráticos del siglo.

En cualquier caso, es privilegio exclusivo e inalienable del pueblo de Haití decidir el lugar de Aristide en esa nación ... y, hasta ahora, votos, encuestas de opinión, expresiones masivas del exilio haitiano y la omnipresente represión militar contra cualquier vestigio de simpatía haitiana por el exilado «Titi» parecerían sugerir que tal lugar continúa siendo el de presidente democráticamente electo y en ejercicio activo de su cargo.

Ojalá que —invasión o no— Aristide presidente o no— Venezuela sepa reconocer en esta hora la oportunidad de retribuir a Haití su generosa hospitalidad de siempre, de solidarizarnos con los más pobres y oprimidos de esa tierra hermana, de discernir con sensibilidad profunda quiénes son los verdaderos amigos del pueblo haitiano, así como de ver a tiempo las engeguedoras vigas en nuestros propios ojos antes que las briznas de paja en los ajenos.

REFERENCIAS

Acosta Saignes, Miguel: **Bolívar: Acción y utopía del hombre de las dificultades**, Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1983, pp. 191ss.

Arcaya, Pedro Manuel: **Personajes y Hechos de la historia de Venezuela**. Caracas: Biblioteca de Temas y Autores falconianos. 1977, pp. 226 ss.

Ediciones de la Presidencia de la República: **Bolívar. Documentario de la Libertad**, Caracas, 1983, vols. 10 (p. 238) y 11 (pp. 13-320, *passim*).

Salcedo-Bastardo, J. L.: **Historia Fundamental de Venezuela**, Caracas: Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1976 (5a. edición, la reimpresión actualizada, pp. 269 y 301).